



mos años la izquierda no ha producido ningún *universal del pensamiento*. ¿Asistimos a una mundialización de los cálculos políticos? Sin duda. Pero de ninguna manera asistimos a una universalización de la conciencia política (...). Las épocas dominadas por los grandes pasados —guerras, revoluciones, resistencias— exigen fidelidades. Pero hoy es el tiempo de las rupturas. Era lógico que en el periodo de la tromboflebitis *las resistencias españolas* —digámoslo así, en cursiva, plural y minúscula— fueron insensibles a las grandes rupturas que se producían en el mundo y afectaban directamente a los fundamentos de la izquierda occidental. Es intolerable que tantos años después continúen adueñándose aquella «particular ilusión» del rupturismo casero a modo de causa de la «desilusión de los universales políticos». No somos diferentes, como insisten cada dos por tres ciertos intelectuales que viven con intensidad el arte de la repetición decimonónica. Sencillamente se trata de un mero desfase horario que es necesario corregir, faltaría más, pero que es de pésimo gusto elevar a categoría histórica o filosófica.

Los nuevos protagonistas

Exilio de los universales mayúsculos, pluralización de las evidencias, fragmentación lírica de la prosa del mundo, mitificación del instante, olvido del pasado, terror al futuro... Cada uno de estos momentos vividos por el hombre que no tenía la mirada distraída posee sus correspondientes traducciones: fracaso de las grandes revoluciones, renuncia explícita de la izquierda occidental a la toma de Poder, irrupción de nuevos sujetos revolucionarios en el teatro de las luchas sociales, acabamiento de la era de la producción, desarrollo vertiginoso de la sociedad de consumo de masas, crisis sin retorno de la legitimidad histórica, política y teórica de los partidos comunistas, reparto nuclear del planeta, Budapest, el Gulag, Vietnam, Berkeley, Mayo, las guerras del Tercer Mundo, Polonia... Y una observación central que debo a Jean Daniel: los científicos han decidido realizar en sus laboratorios lo que la Revolución no ha logrado en la Historia: cambiar al hombre.

Pero el telefilm sigue su curso. No todo ha sido desencanto, deserción social, nostalgia o magia simpática, como nos quieren hacer creer esas

dido sus tradicionales identidades. Ya no se sitúa por relación a los grandes «geodésicos» de la historia —capitalismo, burguesía, imperialismo, socialismo, proletariado— sino a partir de

experiencias cada vez más dispersas, objetivos cotidianos, compromisos de quita y pon, consensos altamente perecederos, ideas móviles y territorios exóticos. Y concluye: «En estos últi-

comprarse un video y esperar las televisiones privadas, afiliarse a un club de *gourmets* donde les recomienden los caldos y las salsas de que se privaron cuando eran proclinos, intentar por fin vivir el gran amor de su vida con Purita y leer a Jean-François Revel, que no creas, pero tiene mucha razón...

Por supuesto, no es cosa de predicar de nuevo los viejos dogmas omniexplicativos que en el pasado próximo obstruyeron tantos pensamientos. Tampoco hay nada que objetar al descubrimiento —no tan reciente— de que la política oficial de uno u otro signo poco hace para transformar la vida cotidiana y que esperar una mayor emancipación de ésta por vía exclusiva de partidos, parlamentos, etc... es obnubilación o hipocresía.

Por otra parte, dar por supuesta la dencia como a los soldados el valor a cualquier señor con un carnet de izquierdas sería demasiado cándido. Lo único que quisiera recordar a los escépticos es que hay *otro* escépticismo más allá del suyo. Es el que duda radicalmente de la necesidad de lo necesario, el que duda de las condiciones objetivas, el que duda de que los dados

hayan sido arrojados ya de una vez por todas; es el que duda de las leyes inexorables del mercado que impedirían cualquier experimento socializante, el que duda de las no menos inexorables leyes psicológicas que nos condicionan a ser por siempre rapaces, obtusos y agresivos, el que desconfía de las utopías pero aún más de quienes proscriben el ímpetu utópico; es el escépticismo que no cree en los partidos pero aún menos en quienes de la crítica a los partidos extraen la coartada de un apoyo práctico a la derecha, es el escépticismo de quienes dudan de la pureza de intenciones de la oposición, pero más de quienes denunciándola se confirman como «independientes progubernamentales», el escépticismo de quienes piensan que todos son más o menos lo mismo, pero los de izquierda están aún por ver... ¡y dudan, por dudar, hasta del refrán que hace al malo conocido mejor que el bueno por conocer! Este radical escépticismo podría ser un bonito objetivo a lograr por quienes ya han despertado de tan acendrados dogmatismos. Animo, pues: ¡escépticos, un esfuerzo más todavía para llegar al pleno desencanto! ■